

Temario de Ayudante de Biblioteca de la Administración General del Estado

Este temario ha sido elaborado por un opositor, para presentarse al proceso selectivo de Ayudante de Bibliotecas de la Administración General del Estado en la [convocatoria de 2021](#).

Incluye todos los temas, de legislación y específicos de bibliotecas, del programa correspondiente a la convocatoria de la Administración General del Estado para cubrir plazas de Ayudante de Bibliotecas en el Ministerios de Cultura y Deporte, Ministerio de Defensa, Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación y Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática. «BOE» núm. 149, de 23 de junio de 2021.

Temario completo disponible en:

<https://www.bibliopos.es/>



Temario de Ayudante de Biblioteca de la Administración General del Estado, cedido por su autor a [Bibliopos.es](https://www.bibliopos.es) para su publicación bajo licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional License](#).

Bajo esta licencia puedes utilizar libremente el temario para uso personal y compartirlo siempre que [cites la fuente](#) y proporciones un enlace a la [licencia](#). No puedes hacer uso comercial del documento.

C02 El libro y las bibliotecas durante el siglo XV

La invención y difusión de la imprenta. Los incunables

El libro y las bibliotecas durante el siglo XV

En el siglo XV la Edad Media toca a su fin. El gran desarrollo de las letras y del libro vino acompañado de un movimiento intelectual, el **Humanismo**, que vuelve su mirada hacia las fuentes clásicas. En Italia se produce un distanciamiento de la cultura escolástica, cuyo epicentro estaba en la Universidad de París. Durante este siglo, algunas ciudades italianas como Venecia, Génova y Florencia adquieren un protagonismo destacado por su fuerza política, su riqueza y su cultura.

Estéticamente perdura el estilo **gótico**, en donde la figura humana fue perdiendo rigidez y adquiriendo elegancia y en donde elegantes escenas representan momentos de la vida cotidiana. Así, texto e ilustración se rodean de motivos vegetales minúsculos, con empleo del dorado y el llamado “azul francés”. Los **libros de horas** son un tipo de manuscrito iluminado, realizado exclusivamente para una determinada persona, que solía contener textos de rezos, así como abundantes iluminaciones. Entre los mejores ejemplares se encuentran *Les très riches heures du Duc de Berry* (hacia 1410) de los hermanos Limbourg. Aunque el foco de influencia procedía de Francia, también destacaron la escuela italiana y la flamenca, que dejaron sentir su influencia a partir del siglo XV.

Con la **invención de la imprenta** en torno a 1450, los primeros libros impresos procuraron imitar fielmente los manuscritos. Los impresores dejaban huecos en blanco, para que los iluminadores realizaran sus dibujos o la rotulación de títulos *a posteriori*. Sin embargo, la actividad de los iluminadores se redujo considerablemente al ser suplantada por xilografías con motivos diversos: retratos, escudos nobiliarios, paisajes, ilustraciones científicas...

Con el incremento en el número de libros y de lectores, el libro impreso obligó a los encuadernadores a buscar unas técnicas y unos materiales más sencillos con los que afrontar esta gran demanda: la forma del códice se mantuvo, se generalizó la utilización del papel (el pergamino se reservó para los ejemplares de lujo), el formato disminuyó (buscando una mejor manejabilidad) y se impuso la letra romana o redonda.

La técnica decorativa utilizada a lo largo de la Edad Media, consistente en aplicar hierros sueltos, resultaba una tarea bastante lenta. Se dio paso a la **encuadernación renacentista** que empleaba otros métodos más eficaces. En Holanda en el último tercio del siglo XV se empezaron a utilizar planchas metálicas de gran tamaño, que, con ayuda de una prensa de volante, ornamentaban las cubiertas de una vez. Asimismo, comenzó a utilizarse en Alemania la rueda, cuyo motivo decorativo se repetía sucesivamente y facilitaba la simetría geométrica. Además, se colorearon los cortes de los libros y se generalizó el dorado de los cueros, con motivos arabescos, geométricos etc.

Un nuevo estilo licatorio surgió en varias ciudades italianas y europeas en torno a 1460, donde la expansión de la industria tipográfica provocó importantes cambios: el **estilo humanista**, ejemplares de cuero estampados en oro con hierros inspirados en el arte grecolatino.

Así, a finales del siglo XV en Italia aparece el **estilo aldino**, que toma su nombre del impresor veneciano Aldo Manuzio, que también poseía un taller de encuadernación. Este estilo, con fuerte influencia de la encuadernación islámica, se caracterizó por la utilización de decoraciones doradas junto a las tradicionales estampaciones en frío, la introducción de nuevos motivos ornamentales (hojas, flores o formas geométricas), la utilización de la técnica de cosido *alla greca* (que conseguía lomos planos) y el uso de las tapas de cartón.

Iniciado por artesanos hispano-árabes, se desarrolla en los reinos cristianos de la Península Ibérica el **estilo mudéjar**. Recoge las novedades introducidas por los árabes, como la introducción de los elementos geométricos de trenzados, denominados *arabescos*; el empleo de nuevas técnicas

decorativas, como el estezado, el gofrado en seco y el gofrado con oro; la sustitución de la madera por el cartón como elemento constitutivo de las tapas; y la utilización del formato de cartera.

La invención de la imprenta lógicamente benefició a las **bibliotecas** y supuso además el fin del poder de la cultura por parte de la Iglesia. En Italia, donde surgen las bibliotecas más notables, reciben un gran impulso gracias a figuras como la de Petrarca o Boccaccio del siglo XIV. Es el momento dorado de las bibliotecas privadas, signo de distinción social y modernidad de su propietario. Se trataba de bibliotecas de bibliófilos que se sentían inclinados por ejemplares con características especiales: por un lado, encargaban libros lujosos bellamente ilustrados por los mejores artistas; por otro, se afanan en el descubrimiento y copia de textos desconocidos o difíciles de encontrar de escritores clásicos latinos y griegos rescatados de Bizancio.

Florenia fue el foco más importante del Renacimiento y cuna de los Medici, linaje de los más importantes mecenas de la época. Cosimo de Medici o Cosme el Viejo fundó varias bibliotecas, entre las que destaca la que depositó en el convento de San Marcos de Florenia en 1441, procedente de la colección de su consejero Niccolò Niccoli tras su muerte. También sus descendientes fueron grandes bibliófilos, como su nieto Lorenzo que de forma a la que sería la **Biblioteca Medicea Laurenciana**, construida por Miguel Ángel en el siglo XVI.

Otro de los asesores de Cosimo de Medici en la adquisición de libros y cazador de libros en monasterios fue el que después se convertiría en el papa Nicolás V, que fundaría la **Biblioteca Vaticana** en 1448. Esta biblioteca fue engrandecida después por Sixto IV, quien amplió sus fondos, dispuso nuevos locales para ella (la dividió en cuatro secciones: latina, griega, secreta y privada) y la abrió al público (sólo accesibles las dos primeras, aunque con los libros encadenados).

En Venecia, otro notable bibliófilo fue el cardenal Bessarion, que en 1468 donó su colección con más de quinientos manuscritos griegos a la ciudad de Venecia, que fue el origen de la **Biblioteca Marciana** (actual Biblioteca Nazionale Marciana o de San Marcos).

Biblioteca notable fue la creada por los reyes aragoneses (tanto Alfonso V como su hijo Fernando ejercieron mecenazgo sobre destacados humanistas) en Nápoles, formada por códices lujosos de ilustres artistas, códices griegos, latinos e italianos, y además obras escritas en castellano.

La **Biblioteca del Rey** (cuya colección es el origen de la Biblioteca Nacional de Francia), fue fundada en 1368 por el rey Carlos V en el palacio real de Louvre. Después de su reinado, los manuscritos se dispersaron a otros lugares, pero Luis XI en 1480 volvió a crear otra biblioteca real.

En Castilla, merece especial atención la biblioteca que formó el marqués de Santillana.

La invención y difusión de la imprenta

En Europa, a mediados del siglo XIV se había iniciado un resurgir cultural naciendo un gran afán por la lectura, lo que dio lugar a centros con más de cincuenta copistas. Sin embargo, el número de copias manuscritas disponibles resultó pronto insuficiente. Con esta necesidad se sentaron las bases para la búsqueda de un sistema mecanizado para reproducir textos, que lograra copiar, lo más exactamente posible, los manuscritos de una manera rápida, cómoda y barata. Si un invento como el de la imprenta apareció en esta época, se debió a una serie de circunstancias que favorecieron e hicieron posible su invención: el aumento de la demanda del libro gracias a una mayor alfabetización de la población, al papel de las universidades, el incremento del poder adquisitivo de los europeos, el avance en los conocimientos sobre metales y sus aleaciones y el desarrollo de la industria del papel (que comienza a vencer al pergamino desde 1350).

Un primer intento estuvo constituido por los llamados “**libros xilográficos**” (también denominados *libros tabelarios* o *libros bloque*), primer sistema inventado para reproducir imágenes por impresión, complementadas con un breve texto, escrito primero a mano y más tarde grabado en la plancha de madera con la imagen como complemento explicativo. La xilografía, originaria de China (la impresión más antigua conocida es el *Sutra del diamante*, de 868 d. C.), no aparece en Europa hasta aproximadamente el año 1430 y se empleó especialmente para naipes y algunos libros de carácter popular, redactados en lengua vernácula. La *Biblia Pauperum* o *Biblia de los pobres* está

considerada como el primer libro xilográfico europeo.

Se considera a la **imprenta** como cualquier medio mecánico de reproducción de textos en serie mediante el empleo de tipos móviles, modelo que se mantendrá prácticamente invariable desde su aparición a mediados del siglo XV hasta el desarrollo de la imprenta mecánica en torno al año 1800. En el proceso existen tres fases que se suceden de forma consecutiva: la composición (el compositor tipográfico elegía las letras que necesitaba y las colocaba línea a línea en un instrumento de sujeción llamado componedor); el casado (organización de las páginas de tipos en la orientación requerida, teniendo en cuenta que el pliego se doblaría después en un sentido concreto) y la imposición (proceso en el que se colocaban los moldes dentro de un marco o bastidor rectangular); y finalmente la tirada (anteriormente se obtenía una prueba para detectar las posibles erratas).

Tradicionalmente se consideraba la imprenta de tipos móviles como un invento europeo de mediados del siglo XV, pero lo cierto es que se trata de un invento chino. A partir del año 960 se utilizaron en China caracteres móviles de madera. No obstante, se atribuye el invento a Bi Sheng, que en 1045 fabricó los primeros tipos móviles de cerámica utilizando moldes de metal; poco después, sustituyó estos tipos cerámicos por otros metálicos.

Sin embargo, los historiadores han consagrado a Johannes Gensfleisch, **Gutenberg**, como el pionero en el arte de imprimir con tipos móviles, al menos es el primer impresor conocido. Pero incluso si no hubiera sido verdaderamente el primer impresor que utilizara caracteres móviles, fue su sistema el que condujo al desarrollo de la imprenta en Europa. A partir de la adaptación de una prensa de uvas y la utilización de tipos móviles de plomo, inició en Estrasburgo sus ensayos con la impresión de obras menores (como bulas). Monta su taller en Maguncia con ayuda del banquero Johann Fust y, en torno a 1456 publica su primera obra completa, la llamada *Biblia de las 42 líneas* o *Mazarina* (el primer ejemplar de que se tuvo noticia fue descubierto en la biblioteca del cardenal Mazarino). Se tiran 150 ejemplares en papel y 35 en pergamino, con letra gótica, sin nombre de impresor ni fecha o lugar de publicación. Schöffer, empleado de Gutenberg, se asocia con Fust y publican en 1457 el *Salterio de Maguncia*, primer libro impreso en el que figura año y lugar de publicación, una marca de impresor, con colofón, ilustraciones (se emplearon iniciales grabadas) e impresión a más de un color (también en las iniciales).

En la **difusión** de la imprenta se aliaron dos factores ajenos por completo a ella: las guerras civiles en Alemania y el auge experimentado por las rutas comerciales europeas, verdaderos caminos de intercambio de bienes materiales y culturales. Las revueltas civiles en Maguncia en 1460 obliga a la mayoría de los impresores a huir y los talleres se disuelven, lo que contribuyó a su rápida difusión. Los primeros tipógrafos se instalan en otras ciudades alemanas (Colonia, Spira, etc), aunque otros, por el contrario, viajan al extranjero.

En **Alemania**, destacan impresores como Anton Koberger en Nuremberg o Johan Froben, amigo de Erasmo, partidario de la letra romana y especializado en obras clásicas, en Basilea. También Hans Luft, tipógrafo de Wittenberg, donde Lutero imprimiría sus obras.

El primer país en establecerse la imprenta después de Alemania fue **Italia**, concretamente en el Monasterio benedictino de Subiaco, cercano a Roma. Los introductores, procedentes de Maguncia, fueron Konrad Sweynheim y Arnold Pannartz, que imprimieron *De oratore* de Cicerón, sin fecha (en torno a 1465). Emplearon un nuevo tipo, el romano, que al contrario del gótico, estaba inspirado en la letra humanística basada en la minúscula carolina. Sin embargo, Venecia terminó convirtiéndose en la capital de la imprenta incunable por la solidez de sus finanzas y sus amplias redes comerciales. El primer taller abierto en la ciudad fue el de Johann de Spira (a su muerte le sucedió su hermano Wendelin), que consiguió en 1469 del gobierno veneciano un privilegio de impresión durante cinco años. Fue el primer impresor en numerar las hojas con caracteres árabes, usar los dos puntos y el punto de interrogación. Pero el impresor veneciano más importante fue Aldo Manuzio, erudito humanista editor de autores clásicos (especialmente de griegos), que inició sus actividades a finales del siglo XV. A él se deben importantes innovaciones como la creación de dos tipos de letras (la redonda o Bembo, que proporcionaba mayor legibilidad, y la cursiva o itálica, con la que ahorrraba espacio), los nuevos formatos más pequeños (como el octavo, prepulsor del libro de bolsillo, y el doceavo) y en las encuadernaciones.

Cronológicamente, el tercer país en introducirse fue **Francia** (1470) por iniciativa de algunos profesores de la Sorbona que llamaron a tres impresores alemanes, Freiburger, Gering y Krantz, para que instalaran un taller en la propia universidad con el fin de elaborar textos necesarios para la docencia. En el siglo XV, hubo 40 ciudades francesas con imprenta, aunque los tres centros tipográficos fueron París, Lyon y Rouen. Destacan entre otros Nicolaus Jenson (aprendió el arte de fundir tipos y el sistema de impresión bajo la tutoría de Gutenberg) o Claude Garamond, un importante tipógrafo, que creó la letra romana que lleva su nombre, con vigencia actual. También Grolier, que introdujo la encuadernación de Aldo Manuzio, desarrollándola con un estilo peculiar.

Los **Países Bajos** introdujeron la imprenta más tardíamente y, probablemente, los primeros libros se imprimieron en Utrecht con diferentes variantes de letra gótica y, especialmente, la gótica redonda. El más famoso de los impresores flamencos fue Colard Mansion de Brujas, así como Christoffel Plantijn, que convirtió a Amberes en la capital del libro en la segunda mitad del XVI.

La imprenta en **Inglatera** tuvo escaso desarrollo en el XV por las restricciones legales que dificultaban la expansión de la imprenta, como los privilegios especiales para imprimir.

En **España** la imprenta se introdujo con cierto retraso, explicable por la situación periférica de la Península Ibérica en Europa, por la falta de grandes universidades y por la carencia de una vida urbana rica. Sus inicios son aún dudosos en cuanto a fechas e impresores, aunque probablemente los primeros introductores de la misma fueran alemanes venidos de Italia. No es fácil determinar cuál fue el **primer libro impreso** en España, pero se suele indicar el incunable *Sinodal de Aguilafuente*, impreso en Segovia en 1472. El trabajo fue encargado al impresor alemán Juan Párix de Heidelberg (Johann Parix). Curiosamente llegó a esa localidad castellana antes que a Barcelona (1473), Valencia (1473), Sevilla (1477) o Salamanca (1480), ciudades más importantes y desarrolladas. Durante el siglo XV, un total de 26 ciudades españolas dispusieron de imprenta.

Las principales ciudades de la Corona de Aragón (Barcelona, Valencia y Zaragoza) tuvieron, dada su proximidad con Italia, talleres de imprenta desde fecha temprana y también se cree que en alguna de estas ciudades se estableció realmente la primera imprenta española. En 1473 Heinrich Botel, originario de la región de Maguncia, se estableció inicialmente en Barcelona donde se asoció con Georg von Holtz y Johann Planck. Años después se trasladó a Zaragoza y a Lleida.

En Valencia se instaló Lambert Palmart. Se le considera el impresor de los incunables valencianos más antiguos, entre los que destacan la *Biblia* traducida por Bonifacio Ferrer, primera impresa en valenciano y la tercera del mundo en una lengua romance, impresa en 1478 junto a Alfonso Fernández de Córdoba (primer tipógrafo español de nombre conocido).

Impresores nativos (Antonio Martínez, Bartolomé Segura y Alfonso del Puerto) inician la imprenta en Sevilla en 1477. Desde Nápoles llegaron a la ciudad Meinhard Ungut, junto a Stanislaus Polonus, al principio de la década de 1490, tras ser llamados por los Reyes Católicos.

Salamanca fue la ciudad de la Corona de Castilla donde se imprimieron más obras de contenido humanístico, por un mercado pujante en torno a los estudios universitarios. Las primeras ediciones impresas en Salamanca son anónimas, aunque se conjetura que Antonio de Nebrija fue partícipe y promotor de estos primeros talleres. Arnao Guillén de Brocar, que se estableció inicialmente en Pamplona, destacó por la calidad de sus impresiones y su vinculación con Antonio de Nebrija y con el Cardenal Cisneros.

Los incunables

Del latín *incunabula*, que significa “en la cuna”, el término *incunable* o paleotipo hace referencia a la época en que los libros impresos se hallaban «en su cuna», es decir la primera «infancia» de la técnica moderna de producción libros a través de la imprenta de tipos móviles. Así, son reconocidos como incunables los libros impresos en Europa entre 1454 (fecha de la invención de la imprenta moderna) y último día del año de 1500. Las fechas para clasificar qué libros son incunables son una convención lograda con el tiempo. Lógicamente existen impresos de principios del siglo XVI que presentan rasgos más o menos acentuados del periodo incunable, hecho que

justifica el establecimiento de un periodo intermedio, el de los impresos actualmente denominados **post-incunables**, periodo convencional fijado en los veinte primeros años del siglo. Aunque se habla de los incunables americanos, refiriéndose a los libros impresos desde la instalación de la primera imprenta en México, en 1539, hasta 1600 (o 1619 si se incluyen los impresos peruanos), no son propiamente incunables, en el sentido preciso del término.

Cuando Gutenberg imprime el primer libro mediante este método, es su intención hacer libros que se parezcan mucho a los códices manuscritos. El incunable pretende en un principio el abaratamiento de costes del libro y en su carácter subalterno con respecto al código manuscrito, no alterará sus principales **características**:

- Se utilizará preferentemente el latín como lengua diplomática, seguida del italiano, alemán, francés, inglés y español, dependiendo del país. En los temas predomina lo religioso sobre lo literario (clásicos, tratados filosóficos, gramáticas latinas, literatura en lengua vulgar).
- Salvo excepciones, carecen de portada y de pie de imprenta: en su lugar se insertaba el título en gran tamaño o acompañado de un grabado, y los datos relevantes se colocan en el colofón a modo de identificación.
- El formato en general va a ser grande (folio o gran folio), pero las facilidades del papel para construir páginas a través del doblado, permite la confección de formatos más pequeños.
- Se crean en papel, aunque también existieron algunos ejemplares en pergamino o vitela, destinados al uso de reyes y magnates.
- El material empleado para la encuadernación al principio fue el pergamino. En otros casos se usó madera forrada en piel o tejidos valiosos, así como papel reciclado o cartoné.
- En cuanto a la letrería, la autoridad del manuscrito empieza por imponer los tipos góticos alemanes salvo en el caso de Italia y España, que prefieren los humanísticos o redondos, con cierta especialización en temas religiosos los primeros, frente a profanos los segundos.
- La falta de letras capitulares, porque los impresores de esa época dejaban un hueco al comenzar una obra o capítulo, que los iluminadores debían llenar después.
- La falta de signos de puntuación (para realizar las pausas usaban los calderones), salvo el punto final, a veces cuadrado, otras redondo y otras en forma de estrella.
- Pocas divisiones en el texto o contenido de la obra, pues la materia era corrida y compacta, sin títulos y sin separación de capítulo o párrafos.
- Se realiza un uso exagerado de abreviaturas.
- La imperfección de los caracteres en algunos casos.
- El texto se distribuirá artísticamente, bien a dos columnas si el libro es de grandes dimensiones, bien en el centro de la página con tipos grandes, enmarcados por glosas y notas diversas en tipos de dimensiones más pequeñas.
- La ilustración recurrirá en los primeros años de la imprenta al sistema manual, donde la miniatura seguirá estando presente así como la rotulación de títulos y epígrafes. Pronto sin embargo ésta será suplantada por bellas xilografías sobre los motivos más diversos.
- Las hojas van foliadas. En España es más característico que se realice en número romanos.
- Emplean la signatura tipográfica para facilitar el trabajo a los encuadernadores.

Entre las ediciones más importantes de incunables, se encuentran las de Gutenberg, Nicolaus Jenson, William Caxton y Aldo Manuzio. Incunables españoles de gran valor son la *Tirante el Blanco* (originalmente escrita en valenciano, con el título *Tirant lo Blanch*) de Joanot Martorell (Valencia, 1490), *Gramática de la lengua castellana* de Antonio de Nebrija (Salamanca, 1492) o la primera edición de *La Celestina* de Fernando de Rojas, atribuida su impresión a Friedrich Biel (también conocido como Fadrique de Basilea) en 1499.